

10 SEPTIEMBRE

Estaba viajando en tren hacia Darjeeling cuando oí la voz de Dios. Supe que era la voz de Dios. Estaba segura de que Él me llamaba. El mensaje era claro. Tenía que abandonar el convento para ayudar a los pobres viviendo entre ellos. Se trataba de una orden, de algo que tenía que hacer, algo concreto. Esta llamada fue entre Dios y yo. Lo que importa es que Dios nos llama a cada uno de nosotros de una manera distinta. En días duros y difíciles estuve segura de que era Dios quien trabajaba, y no yo. Y de que aquello era obra de Dios. Sabía que el mundo se beneficiaría de ella.